



CUANDO TODO ESTÁ PERDIDO

CANADÁ VI

Mariah Coans

Título: *Cuando todo está perdido*

© 2018, Mariah Evans

De la maquetación: 2018, Romeo Ediciones

Del diseño de la cubierta: 2018, Marien F. Sabaniego

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[*Epílogo*](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

Esta novela está dedicada con todo mi cariño a dos personas: Elisabet Ponce y Flavia Farias.

Primero de todo, quiero agradecer la amistad y el apoyo incondicional que me habéis demostrado en todo momento. Muchas gracias por compartir esta ilusión conmigo y por dar a conocer mis novelas a otras personas.

Espero poder seguir con esta amistad durante mucho tiempo.

Un abrazo enorme

Mariah.

Prólogo

La tierra se abría por el temblor, partiéndose y separándose mediante profundas grietas mientras todos intentaban paralizar la destrucción total. Observaron cómo Mabus volvía a alzar sus brazos hacia el cielo haciendo que el terremoto se incrementase y los pocos edificios que quedaban en pie se destruyesen, las farolas saliesen volando y los coches fuesen precipitados hacia sus compañeros.

Aquello era el fin, no había vuelta atrás. Todo lo que habían conocido hasta ahora, lo que amaban, desaparecería en pocos segundos. Habían llegado tarde y, ahora, su mundo se destruiría.

Giró su rostro hacia ella notando la palma de su mano cogida a su brazo, mientras aquella oscuridad que emanaba del cuerpo de Mabus, a pocos metros de ellos, avanzaba por toda la ciudad sumiéndola en penumbras.

Mia permanecía con la mirada clavada en los compañeros de división que aún intentaban detenerlo, apurando los últimos segundos para evitar la catástrofe. Ni siquiera pestañeaba.

Volvió la mirada al frente viendo a Nicholas y Adrien ser impulsados hacia atrás sin contemplación, chocando contra todas las rocas y amenazando con caer por las enormes grietas que se creaban por el terrible terremoto.

Volvió la mirada hacia ella y se fijó en su mano temblorosa cogida a su brazo, en su perfil, en sus hermosos ojos

verdes, en las lágrimas bañando su rostro y su cabello castaño volando hacia tras por el viento huracanado.

—Sabes que te quiero... —susurró.

Mia tardó un poco en reaccionar pero finalmente giró su rostro hacia él y lo miró sin comprender.

—¿Por qué me dices eso? —sollozó. Volvió su mirada al frente donde la lucha encarnizada seguía agotando los últimos segundos antes de desaparecer. Se giró de nuevo hacia él cogiendo con más fuerza su brazo—. No... —gimió— ... no puedes... —reaccionó más nerviosa.

Él tragó saliva y volvió la mirada hacia sus compañeros. Sabía que era lo único que podía hacer.

—El mundo no se merece esto —susurró contemplando fijamente la escena que sucedía a pocos metros de ellos.

—No... —lloró ella.

La cogió por los hombros mientras se ponían en pie y le obligó a mirarle. Pasó una mano por su cabello apartándolo, fijándose en cada rasgo de su dulce rostro. La quería más que nada, no podía permitirlo.

—Tú... —susurró hacia ella mientras una sonrisa triste atravesaba su rostro—, no te mereces esto —enfaticó.

—No, por favor... —suplicó mientras él la acercaba y la abrazaba—, no lo hagas... por favor... —lloró contra él.

—Prométeme una cosa —susurró volviendo a distanciarla. Se fijó en sus ojos que lo observaban con un amor increíble. Besó su frente y la miró fijamente—, serás feliz.

Dicho esto la empujó alejándola de él.

—¡Noooooo! ¡Morirás! —gritó mientras lo veía alejarse.

Ahí había comenzado todo...

1

Dean miró el reloj de su muñeca y resopló. Llevaban más de ocho horas en el todoterreno. Hacía pocas horas que Cintya, el oráculo que los había llevado hasta la daga del destino en el Everest, había logrado saber dónde se encontraba la única persona que podía empuñar la daga para acabar con el anticristo.

Tras un par de horas preparando el todoterreno y dormir un poco se habían lanzado a la carretera.

El lugar era Portland, a unas doce o trece horas de camino, en Oregón, y el hombre al que buscaban respondía al nombre de Gabriel. Aún no sabían qué tendría de especial aquella persona, pero él era el único que podía salvarlos.

Ni siquiera se habían atrevido a poner el nombre en el buscador del Pentágono, todo debían llevarlo en el más estricto secreto. Eligos, el jinete de la guerra, se había introducido en el Pentágono y ahora era el jefe de la división. Tenían al enemigo en casa y, aunque Cintya les había explicado cómo el mismo Eligos había acabado con los vampiros que la acechaban y entregado la daga en el Everest, no se fiaban. Era uno de los jinetes del apocalipsis, ¿cómo iban a hacerlo? Pero él no era su mayor problema. Mabus, el ente que había tomado el cuerpo de Thomas era el mayor responsable de todo lo que estaba ocurriendo y el único al que podían matar. Sabían que la guerra, el hambre y la muerte siempre estarían presentes en la tierra pero, Ma-

bus era el anticristo, el único que tenía realmente la misión de destruir el planeta, el único que no tenía ningún otro cometido que el de sembrar el caos en su mundo.

Sabían que contaban con poco tiempo y que iban a contrarreloj, que debían encontrar a Gabriel antes que Mabus y sus secuaces, si no, ya podían ir despidiéndose de todo lo que conocían y amaban.

Todos se giraron cuando escucharon el pitido del todoterreno que les seguía, girando sus cuellos para mirar a través de las ventanas del todoterreno.

Aaron conducía el segundo vehículo y los adelantaba mientras el resto de la manada que los acompañaba: Alex, Fillipe y Ben daba palmas animando a su alfa a que adelantase a los cazadores.

Taylor, el conductor, se giró hacia Nicholas que iba al lado.

—¿Cómo se te ocurre darles un todoterreno?

Nicholas chasqueó la lengua mientras miraba a Aaron poner cara de velocidad y a Alex, que iba en el asiento del copiloto dando palmas junto con el resto de la manada que se encontraba en el asiento trasero y animaba de forma incansable.

Todos enarcaron una ceja cuando el todoterreno de los lobos pasó por encima de un bache haciendo que gritasen y se moviesen de un lado a otro, despertando las sonrisas traviesas de toda la división.

Taylor bajó su ventanilla y extrajo su brazo para señalar a Alex.

—Os lo merecéis —Les gritó divertido.

—No los provoques más —susurró Dean desde atrás.

Nicholas asintió.

—Dean tiene razón, no los provoques.

—Como si les hiciese falta —ironizó Taylor acelerando el todoterreno dejándolos atrás, mientras el que conducían los lobos seguía dando botes en el carril de al lado por donde pretendían adelantarlos—. Así aprenderán.

—Vale, muy bien Taylor... —continuó Scott mientras miraba hacia atrás—, pero por favor, ten cuidado —dijo mientras caía sobre el hombro de Dean al tomar una curva con excesiva velocidad—. ¡Me gustaría llegar vivo!

Se notaba que los terremotos habían asolado el terreno. Los baches y la calzada rota complicaban la conducción, sin hablar de las decenas de ciudades y poblados abandonados y destruidos que habían atravesado.

—¡Joder! —gritó Christopher de los nervios desde la parte de atrás—. ¡Haz el favor de conducir con cuidado! —dijo colocando la caja de madera recta—. Solo falta que se salga la daga del destino de la dichosa caja.

Nicholas se giró hacia atrás.

—¿Va bien?

—Sí, va bien —confirmó Christopher—, pero no me gustaría tener que cogerla y meterla en la caja.

—Déjame el mapa —pidió Dean mientras golpeaba el brazo de Nicholas.

Lo cogió y lo desplegó mientras Scott, que iba a su lado, y Adrien y Christopher en la parte trasera lo miraban con curiosidad.

Christopher señaló un punto del mapa.

—Hemos pasado el pueblo de Connell hace media hora —indicó—. Deben faltar unas tres horas para llegar.

Nicholas miró hacia delante y se inclinó para observar el cielo. Hacía un par de horas que permanecía nublado y

amenazaba con descargar una tormenta sobre ellos.

—Para cuando llegemos habrá anochecido —confirmó.

—Esto de no poder encender el GPS es una putada —reaccionó Taylor.

—Ninguno de nosotros quiere que Mabus nos encuentre, ¿verdad? —ironizó Nicholas.

Taylor chasqueó la lengua.

—De momento no. Hasta que no encontremos a nuestro querido y escurridizo salvador —bromeó.

—Ey —interrumpió Dean observando con atención el mapa—. ¿Os habéis fijado que Portland esta cerca de Salem?

Nicholas se giró para observarlo.

—¿Y qué más da?

—¿Estás de broma? —preguntó Dean asombrado—. ¿No lo recuerdas de las clases del Pentágono? Los juicios de Salem. —Luego miró a Nicholas—. Ahí fue donde juzgaron a muchas brujas...

—¿Por qué me miras a mí? —preguntó Nicholas mosqueado.

—Bueno... ammm...

Nicholas resopló y volvió su mirada hacia delante.

—Aquello fue la mayor estafa de todos los siglos. La mayoría acusaban a las personas que no les caían bien o con las que tenían problemas. Dudo que matasen a alguna bruja real. —Enarcó una ceja y volvió a girarse—. ¿O acaso crees que Melanie se hubiese dejado quemar en una hoguera o ahogar en un río? —ironizó.

—No —Lo miró seriamente—. Está claro que les habría dado para el pelo.

—A una bruja de verdad es mejor no enfadarla —continuó Nicholas.

—Ya, pero tú no la enfadas, ¿verdad? —bromeó Scott de nuevo—. Tú... la calmas.

Nicholas volvió a girarse hacia su compañero.

—No te creas, a veces se mosquea —bromeó él esta vez.

Aquella respuesta hizo que todos sonriesen.

—Bien, y cuándo lleguemos a Portland, ¿cuál es el plan? —preguntó Taylor cambiando de tema.

—Está claro: buscar a Gabriel —contestó Dean.

Taylor resopló.

—Eso ya me lo imagino —respondió mirando por el retrovisor a su compañero—. Quiero decir... ¿estará esperándonos? ¿Sabrá que vamos a buscarlo?

Todos se quedaron pensativos unos segundos.

—Es el elegido —contestó Nicholas al final—. Supongo que lo sabrá o intuirá.

—¿Pero qué hacen?! —gritó Taylor mirando de reojo el todoterreno de los lobos que volvía a intentar adelantarlos.

Nicholas cogió el walkie directamente y lo llevó hasta sus labios.

—Aaron —pronunció con voz grave.

La voz del alfa no tardó en contestar.

—Dime.

—Como nos adelantes te pego un tiro. —En ese momento todos observaron como la velocidad del todoterreno descendía y volvía a colocarse tras ellos—. Trata el to-

do terreno con cuidado, vas a cargarte los amortiguadores. Esto no es un juego.

Tras unos segundos el alfa respondió.

—Entendido.

Nicholas se giró hacia sus compañeros con una sonrisa y les guiñó el ojo.

—Todo controlado.

Todos miraron hacia delante asombrados. Habían situado los dos todoterrenos a una distancia prudencial de la ciudad, sumergidos en el bosque que la precedía.

Lo que habían montado alrededor de lo que era la actual Portland era una muralla en toda regla. No era muy grande, a duras penas podían ver unos edificios en pie que superasen la muralla de ocho metros, construida a base de ladrillos y placas de hojalata.

Todos centraron la mirada en la puerta principal franqueada por varias personas armadas.

Dean se apoyó en el asiento del conductor y miró la puerta de acceso. Aquello era apocalíptico, nada más lejos de la realidad. La luz de las llamas de las hogueras del interior de la ciudad era lo único que los iluminaba, ya ni siquiera tenían corriente eléctrica.

Nicholas cogió el walkie y contactó con el equipo de lobos que había detenido el todoterreno al lado.

—Aaron...

—Dime —contestó al momento.

Todos giraron su rostro hacia el lado para observarlos y Alex fue el primero que alzó su mano para saludarlos con

actitud jovial.

—Vosotros os quedaréis aquí fuera vigilando. Dejaremos el walkie en el coche...

—¿Aquí fuera? —preguntó sorprendido.

Nicholas se pasó la mano por los ojos agobiado.

—No vais a entrar. Es una colonia de humanos...

—Y te aseguro que seguirá siéndolo, pero tenemos ganas de estirar las piernas.

Nicholas suspiró.

—Bueno, salid del todoterreno si os apetece pero no os distanciéis.

—Hecho.

—Eh —advirtió con voz más seria—. No os distanciéis —repitió—. Debéis proteger la daga del destino, la dejaremos en nuestro maletero.

—Que sí, que sí... que nos quedaremos aquí —respondió rápidamente.

—De acuerdo. Dejaremos aquí el todoterreno, nada de moverlo.

—Te lo cuidamos.

—Más te vale, ni se os ocurra coged el todoterreno y empezar a hacer carreras...

—Oh, vaya... —ironizó Aaron—, me has leído el pensamiento. Yo no sé tú, pero yo ya he tenido suficiente coche y carretera después de más de doce horas conduciendo.

—Está bien, pues... estad atentos —dijo mirando a su compañero que asintió.

—Aquí estaremos, atentos a todo lo que ocurra.

—Y por supuesto... —continuó—, la caja con la daga se queda en este todoterreno. Ni se os ocurra cogerla.

—Entendido.

Adrien cogió el walkie de su jefe ante la mirada atónita de todos.

—Recordad que si tocáis la daga seréis hombre muerto... o lobo muerto.

—Que síiiii —respondió la voz de Alex esta vez—. Nada de jugar con ella, ya lo sabemos.

Nicholas suspiró y cogió el walkie de la mano de Adrien para depositarlo sobre el salpicadero, luego volvió a centrar toda su atención en los cuatro hombres uniformados que presidían la puerta de acceso.

—¿Cogemos armas? —preguntó Taylor.

Nicholas se quedó pensativo.

—No, supongo que solo serán vigilancia.

Dean afinó su vista.

—Llevan metralletas —comentó confuso—. Parecen militares.

Nicholas lo miró y esta vez sonrió.

—Sí, y a nosotros nos dan mucho miedo, ¿verdad? —ironizó.

Dean chasqueó la lengua y se sentó de nuevo en el asiento.

—Solo informaba. Está claro que tienen vigilancia para entrar, pero también que intentan protegerse de algo.

—¿Vampiros? —preguntó Taylor girándose hacia él, a lo que Dean se encogió de hombros.